

ANTONIO CAÑETE (TRAMUNTAN)

Sobre este joven escultor cordobés, formado y afincado en Barcelona, ha escrito ciertas y estimulantes palabras nuestro Julio Manegat, quien ya lo presentó cuando expuso por vez primera en el Ateneo barcelonés. Cañete es un artista vocacional y de fuerte temperamento que, como suele ocurrir cuando de verdaderos escultores se trata, tiene un marcado sentido monumental de la forma. Inscrito en la órbita del expresionismo —ya cuando lo del Ateneo advertí sus concomitancias con, por ejemplo, Ernst Barlach—, ahora se nos muestra habiendo extremado esa orientación hasta rayar en lo desaforado y grotesco. Bien es verdad que le anima, o le excita, eso que apunta Julio de «un enternecido sufrimiento ante el hombre, ante la historia del hombre, ante las consecuencias inmediatas de esa historia»; pero ya no es tan verdad que estas obras del joven escultor puedan, así, relacionarse con la España de Solana o los serpentes de Valle Inclán. Y ello porque el feroz expresionismo de uno y otro (y no digamos del de Goya o Lorca, también citados) están servidos por una factura y unas materias —palabras o colores— de una calidad excepcional, mientras que en lo del Cañete de ahora —figuras menesterosas plasmadas en pintarrajedos materiales deleznales y ambientadas en espectaculares pero triviales escenografías— los medios y formas empleados no poseen el menor «carácter» en cuanto a tales. Son los riesgos del expresionismo a ultranza, que todo lo fía a la gesticulación y a lo estentóreo de la anécdota, porque necesita recurrir a esa debilidad que, en arte, es contar sólo con que el espectador se rinda al efecto que se le propone. Lo verdaderamente auténtico y grande se basta a sí mismo y para nada nos necesita, aunque en definitiva nosotros podamos o debamos ser sus destinatarios. Naturalmente, uno escribe estas cosas porque cree que Cañete es un escultor de raíz —aun en estas obras «equivocadas» hay buenos atisbos de ello— y que, por serlo y precisamente para alentarle hacia lo mejor de él, debe decírselas.

SANTOS TORROELLA



Cañete. — «Mendiga anciana»

CAÑETE, en Tramuntán

«Paisaje urbano» titula Antonio Cañete su exposición de esculturas. Naturalmente, se trata de un paisaje de gentes de la calle. Es decir, un conjunto de dieciséis figuras: tipos, personajes y personas, tres indoles humanas distintas que el artista ha visto en el implacable paisaje urbano que empieza al otro lado de la puerta de casa. Sin duda porque sólo en la calle se dan esas tres condiciones, como podrían ser, y son, por ejemplo, la de la florista, la del cantante y la del hombre que lee el periódico, dicho sea respectivamente. Seres que en la calle pierden el nombre y el apellido para asumir el adjetivo que los califica por lo que hacen, o este sustantivo, más simple y aún más anónimo: gente. Cañete les ha puesto la humanidad de un adjetivo que no hace daño a nadie, pero les ha grabado en las caras y las manos su inútil importancia, su desolado sufrimiento y la soledad patéticamente sonriente de su esperanza.

Fernando GUTIERREZ